

SCOPPIO

mundo de cielo y agua. Y, como obra de hoy, también con sus brochazos y pinceladas.

Como narración, como reportaje, es un libro grato y de singular perfección. Su mundo, individual y cerrado, pese a los amplios horizontes entre los que discurren el Uro y el Aril, las dos embarcaciones gemelas, dedicadas a la pesca de altura, en las rutas del Gran Sol. El Uro y el Aril son los verdaderos protagonistas del libro. Y uno siente su alma, su respirar, su latir, mejor que el alma y el corazón de sus tripulantes, encerrados en su mundo, lejanos. Tan lejanos, que uno pensó:

¿Qué tiene de común el hombre con el hombre?

Los hombres no podremos entendernos nunca. Eternamente, divididos en grupos. Mundos diversos de clases sociales, de ocupaciones, de ambiente...

Y cada mundo tiene su idioma o su jerga. Vidas paralelas, órbitas concéntricas, sin posibilidad de convergencias. Y cada órbita, pentagrama de específicas diferencias.

Sólo el hambre, el dolor y las lágrimas, el peligro, serán accidentales motivos de solidaridad, de comprensión. Lazos, pronto olvidados, cuando para uno cambian las circunstancias que siguen permaneciendo y siendo válidas para el hermano. Sólo en el lomo de una estrella errante, —triste destino de solitario— y con la bandera del amor, el hombre visitará órbitas ajenas, y, sin precisión de tiempo ni de palabras, se sentirá con el hombre hermanado. En silencio. Mejor el silencio que cualquier palabra, mejor el corazón que cualquier razonamiento. Ante la palabra, puro riesgo, se yergue la Babel de la incomprensión eterna. No creo que intentase Aldecoa, pintarnos una Babel. Al contrario. Pretendió que nos fuera accesible.

Pero ha descrito un mundo particular específico. Y, al describirlo, ha puesto de manifiesto las murallas que lo cercan y los torreones que dividen las murallas. Y el valor de las voces calladas y del hablar del mundo inanimado y silente. Fuese mar, mástil o viento. Y uno, por su propia cuenta, pensó de nuevo:

Gracias a la voz de las cosas, a la

oración que musita un ciprés, a la belleza que pregonaba una flor, a la ira que cuaja en el trueno de una tormenta, a la bondad del arco iris, a la mano luminosa de Dios que descorre las cortinas blancas de sus nubes, al corazón que, incluso sin corazón, pone el hombre en sus obras artesanas, —una vasija de barro, una cuchara de boj o un barco—, los hombres nos salvamos del miedo de estar al otro lado de las murallas de nuestro mundo, de todos los mundos.

Recoger esas voces es amor. Y amor es luz. Sin recintos, sin límites, Compañía.

L. d'Andraitx

LA PALABRA ESCRITA

“ LA ROSA TATUADA ”

de Tennessee Williams

El título de esta obra teatral de Tennessee Williams, estrenada en el «Comedia», en cierto modo llama a engaño. Si interpretamos que se trata de una rosa en cuyos pétalos se ha hecho un tatuaje, pensaremos en una obra de grandes posibilidades poéticas. Si interpretamos que una rosa ha sido motivo para un tatuaje la imaginación ya no exigirá tanto. Pero el espectador es libre de pensar una y otra cosa, antes de que se levante el telón.

Cuando el telón se levanta, y a las pocas palabras que se dicen en escena, el espectador ya se percata de que la cosa irá menos por el predio de lo poético que por la concreción de una realidad inmediata que el autor va a exponernos. En cierto modo, el espectador puede quedar defraudado. Porque enseñada ve que va a asistir al desarrollo de un sainete más trágico que cómico eso sí; al desarrollo de un cuadro de costumbres en el cual Tennessee Williams ha puesto mucha menos ambición que en «Un tranvía llamado Deseo» o que en «El Zoo de cristal». No obstante «La rosa tatuada» es una obra de notable calidad.

Sainete, sí. Pero no en ese sentido peyorativo que se suele atribuir a la palabra. Sino más bien en una acepción que sitúa al género en una esfera de jocosidad más o menos populachera pero que puede ser transcendida, por gracia del comediógrafo, a significado humano importante. Esto es, me parece, lo que quiso hacer Tennessee Williams con «La rosa tatuada», al situar la acción de su obra en tierras sureñas de los Estados Unidos y al ofrecer como personajes a

unos emigrados italianos, de baja condición social.

Tennessee Williams gusta de manejar caracteres y temperamentos afectados por la anormalidad. Sabe colocar a sus personajes en el difícil punto en que coinciden la responsabilidad y la irresponsabilidad. A la vez, juega la carta del libre albedrío y de la predestinación. Pero si en otras obras suyas conseguía impresionantes momentos dramáticos, en «La rosa tatuada» la obra queda en simple habilidad —teatral— tan notoria como se quiera, desde luego; que en este caso lo simple no es tampoco peyorativo. Y junto a esta habilidad en pintar personajes, en plantear situaciones, en conseguir un diálogo verosímil..., algunas notas de auténtica grandeza dramática, que vienen a rubricar que el autor de «La rosa tatuada» es el mismo autor de «Un tranvía llamado Deseo»

El personaje escogido esta vez por Williams es el de una apasionadísima esposa que enviuda trágicamente y que vive el amor a su marido en un «post mortem» preñado de celos, de suspicacias, de arrobo y de ternura que llegan a la irreverencia... Personaje tal vez más obseso que amante. Y que pronto cederá en su obsesión —¿y en su amor?— para aceptar a otro hombre, simplemente porque el cuerpo de este otro hombre es igual al de su difunto esposo... Lo stesso corpo con un'altra testa!, exclama «Serafina delle Rose» en su italiano que salpica de emotividad el texto original inglés y el texto de la versión castellana.

Pepita Serrador lleva a cabo una creación notabilísima de esta mujer que representa la complejidad y el apasionamiento sicilianos puestos en un más aséptico medio norteamericano. Tipo desgarrado y cuya vitalidad pone a prueba la experiencia de una actriz. El resto de la compañía, discreto. La dirección escénica, debida a Antonio de Cabo, es correcta. Pero saca más partido del movimiento de la obra que del conjunto de los actores. Para una obra cómo esta no basta una primera figura que esté en su papel. Todos han de cumplir bien.

Evidentemente, «La rosa tatuada» es una obra menor entre la producción de Williams. Y la decepción de muchos espectadores se cifra en que el autor no tomó decidido partido por escribir una obra menor. Le «salió» menor, cuando quizás intentaba una creación de altura. De todos modos, merece la pena ver «La rosa tatuada», por más que sepamos de antemano que no se nos hablará de pétalos que han sufrido la quemazón y el toque de la tinta indeleble...

Enrique Badosa